

Del Orco y la muerte  
En áspera lid.  
El solio debido  
Te espera, ¡oh glorioso!  
Al Rey poderoso  
Las puertas abrid.  
*¡Quién es de la gloria, etc.*

## XVII.

## IMITACION DEL CÁNTICO DE EZEQUIÁS.

Yo dije: «mi vida  
Llegó á su mitad;  
Y abierto el sepulcro,  
La va á devorar.»  
Los últimos años  
Perdidos son ya:  
En vano los busco,  
Que no llegarán.  
Y dije: «mis ojos  
No vuelvo yo á alzar  
En tierra de vivos  
Al Dios de Isaac.»  
Perdí el dulce suelo,  
Mansion de solaz:  
Perdí de los hombres  
La grata amistad.  
Cual tienda que arranca  
Pastor montaraz  
Y envuelve sus lienzos  
Al rudo estadal:  
Así quedó el seno  
En triste orfandad;  
Que de él á mis hijos  
Robado me han.  
Sañuda tijera  
El hilo vital  
Cortó, cuando apenas  
Ocupa el telar.  
De un sol á mi vida  
La lumbré darás.  
Aguardo otra aurora  
Y vuelvo á penar.  
Cual león mis huesos  
Rompiendo ya estás:  
De un sol á mi vida  
La lumbré darás.  
Yo ciamo cual suel  
Implume piar,  
Sin madre, en el nido  
La alondra vivaz.  
Cual triste paloma  
Medito en mi afán.  
Señor, yo fallezco;  
Tu auxilio me da.  
Mas ¡ay! clamo en vano:  
¿Qué puedo esperar?  
El brazo que hiere,  
¿Sanarme querrá?  
El alma inundada  
De pena mortal,  
Mis años perdidos  
Recuerdo en tu faz.  
Señor, si es tan leve  
La vida que das,  
Destruyeme y vuelve  
Tu hechura á animar.  
Gocé del deleite  
La infiel vanidad,  
E interna amargura  
Turbaba mi paz.  
Mas tú, cual las nubes  
El Bóreas polar,  
Disipas mis culpas  
Y alivias mi mal.  
Que no el que desciende  
Al lago voraz,  
Ni muerte ni abismo  
Tu gloria dirán.  
Te alaban los vivos,  
Y el viejo en su hogar

Anuncia á sus nietos  
Tu excelsa bondad.  
Libértame, ¡oh padre!  
Y haré resonar  
Con salmos eternos  
Tu santa heredad.

## XVIII.

A mi amigo don José de Musso y Valiente, habiéndome regalado una copia del Niño Dios durmiendo, del cuadro de Rafael, litografiado por su hija doña María de la Encarnación Musso y Valiente.

Yace vestido del humano velo  
El Dios de los amores poderoso,  
Y oculta en blando sueño y misterioso  
La majestad que adora el alto cielo.  
De inocente candor dulce modelo  
Eres, ¡oh tierno niño y amoroso!  
Y al culpado, que el mar tempestuoso  
Surcó de las pasiones, das consuelo.  
La mano de una angélica hermosura  
Copia la sacra imagen, trasladada  
Del gran genio que el Tiber reverencia.  
Y en la copia escribió la amistad pura:  
«Alivio á la vejez desengañada,  
Dado por la beldad y la inocencia.»

## LÍRICAS PROFANAS.

## I.

Á LA RESTAURACION DE BUENOS-AIRES  
EN 1806.

¿Quién roba de mi cítara suave  
Las rosas que algún día  
Vénus, Cupido y Febo le cifieran?  
¿Cuál númen soberano me presenta  
El lauro refulgente,  
En vez del mirto que adornó mi frente?  
Dulce cantar, del corazón delicia,  
Himnos que di engañado  
Un tiempo á la beldad precedera,  
Huid con su ilusión, que ya sublime  
Con generoso anhelo  
Al arduo templo de la gloria vuelo.  
¿Qué nuevo grito de victoria escucho  
Girar por su alta cumbre?  
¿Es el scita feroz, de quien el trace  
Ya acobardado y fugitivo tiembla?  
¿Es el galo animoso,  
Del Vistula y del Albis victorioso?  
Mas ¡oh! que desde el margen apartado  
Del Paraguay inmenso  
Vuela sobre los golfos de Occidente:  
Victoria, clama, á la indomable España;  
Y el eco repetido  
La playa aterra de Albión vencido.  
¿Dó está la fuerza y el orgullo osado  
Que el piélagos espumoso  
Abrumó con mil naves? Si soberbio  
Al dilatado mar impone leyes,  
Ya entre sus turbias olas  
Huye de las banderas españolas.  
Tú en tus murallas dominar los viste,  
Metrópoli opulenta,  
Reina del Paraguay; cual pronto brilla  
Relámpago veloz, y luce apenas,  
Cuando á la parda nube  
A sepultarse entre sus sombras sube.  
De la traición, no del valor vencida,  
Su yugo padeciste:  
Allí cantaron himnos de victoria  
Los fieros de Albión; de tus tesoros  
Su codicia saciaron,  
Y el cetro de la América empuñaron.  
Empero ¡cuál cohorte valerosa

A tus muros se acerca?  
Llega, combate, aterra: el orgulloso,  
Que nuevos triunfos de ambición soñaba,  
Humilde gime ahora,  
Y la piedad del vencedor implora.  
Ilustres vencedores, ya respira  
La América angustiada:  
Ya el tirano del húmido tridente  
Huye al seno del mar, y un solo día,  
Una sola victoria  
Os sublima al alcázar de la gloria.  
Mas ¡ay! velad: no el sueño del descanso  
Mortífero os sorprenda  
A la sombra falaz de los laureles.  
¿No veis cruzar por el cerúleo Estrecho  
Las naves empuñadas,  
De muerte y de furoros recargadas?  
¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre,  
En ira y rabia ardiendo,  
La tierra infesta apenas libertada.  
¿No ois tronar el bronce, hervir el golfo?  
¿No veis al golpe duro  
Cuál se desploma el tresdoblado muro?  
Ya la mal defensible fortaleza  
Cayó que os guarecía,  
Tristes pueblos, doblad la frente  
Al fiero vencedor. El yugo impío  
Que os imponga orgulloso,  
Haga la sumisión ménos gravoso.  
Si; que ya marcha en escuadron cerrado  
De innumerable gente,  
No á lidiar, á rendir; viene en su furia,  
Imágenes sombrías meditando  
De robo y de matanza,  
A saciar su rencor en la venganza.  
Volvieron, sí; mas en la lucha fiera  
Otra vez encontraron  
Hijos de España. El rayo de Mavorte  
Brilla en sus diestras; las guerreras frentes,  
Coronadas de gloria,  
Cifne el sacro laurel de la victoria.  
El pueblo, sus hogares defendiendo,  
Al soldado se iguala,  
Y el soldado á los héroes: trueno ardiente  
El cañon, y en mil ecos alternado  
Su horrisono estallido,  
Dilata hasta los Andes el sonido.  
En sus armas y número confía  
El escuadron britano,  
Y ardiendo en saña el animoso ibero,  
En su constancia y su valor. La patria  
Ve expuesta al trance fuerte,  
Y arrostra por su amor la cruda muerte.  
Cayó el tirano en fin! ¡Victoria á España!  
A los ilustres hijos  
Del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!  
¿Acaso siempre triunfará el impío?  
¿El hispano ardimiento  
Cederá al genio de Albión sangriento?  
¡Ah! no: aquellos valientes en un día  
Las victorias vengaron  
Que el envidioso mar robó á la España.  
De Trafalgar los manes inseputos  
Las playas recorrieron,  
Y en la lid sus espadas dirigieron.  
Pueblo español! Tres siglos de infortunio,  
De esclavitud horrenda,  
A mancillar tu gloria no han bastado:  
El valor, la constancia es tu divisa;  
Y esclavo ó soberano,  
La suerte tuya fijará tu mano.  
Las águilas del Tiber, los enjambres  
Del Báltico nevoso,  
Y el árabe feroz y mil tiranos  
Pasaron; mas tú, augusto entre ruínas  
De un trono y otro hundido,  
Sobrenadas al tiempo y al olvido.  
¿Cuál tu suerte será! Si tu cadena  
Alguna vez rompíese,  
Y esa constancia indómita animase  
La santa libertad, ¡ay! aquel día  
En sempiterno abismo

Se hundirá el insolente despotismo.  
Sobrevivió del galo á los furoros:  
El taciturno isleño  
Al mar lo desterró; viciosa Italia  
Sobre el altar que le erigió le mofa;  
Mas su postrer ruína  
Al denodado ibero se destina.

## II.

## LA VICTORIA DE BAILEN.

Tronó la alzada cumbre de Pirenc,  
Y sobre el suelo hispano  
Lanzó horrorosa nube de asesinos,  
Y las madres de iberia al triste pecho  
Los hijos estrecharon,  
Y piedad y venganza reclamaron.  
Pasa el dorado Tajo y las vertientes  
Del Mariano monte  
La caterva sin ley. Nuevas matanzas  
Viene y nuevos destrozados meditando;  
Y en su furor sañoso  
Dijo entónces el bárbaro orgulloso:  
«Venid, y en la florida Andalucía  
De oro y sangre saciemos  
Nuestros sedientos pechos. Sús, varones:  
¿No sois los invencibles que llevaron  
Muerte, luto y ruína  
Del Rhin a la remota Palestina?  
Mirad vuestros laureles. Retefidos  
Están de sangre humana,  
Y de inocente lloro salpicados.  
Teñidlos más y más. *Que gima el hombre:*  
La Bética asolada  
Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.  
Y ¡qué, la España aclaman y Fernando  
Esa misera gente?  
¿El yugo esquivan que se digna darles  
El gran Napoleon? ¡Necios! perezcan,  
Y allá en la tumba fria  
Los laureles recuerden de Pavía.»  
Así dijo aquel fiero, que tendiera  
Sobre el Arno florido  
Los silenciosos velos de la muerte.  
No olvidarás, Arezo, su barbarie,  
Ni tú, playa tirrena,  
De cuerpos muertos de tus hijos llena.  
Y marchan, y en el Bétis centellea  
El águila ominosa,  
Y en los muros de Córdoba asolada:  
El campo hermoso, que la estéril nieve  
Burló de Enero yerto,  
El hórrido cañon vuelve en desierto.  
Mas ¡oh! ¡cuáles banderas se desplegan  
Contra el águila altiva?  
Forjóse el rayo en el ardiente seno  
De Híspali: la leal: ya despedido,  
Venganza amenazando,  
Los aires que atraviesa va quemando.  
¿Huyes fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo emjambre  
De bárbaros no miras  
Que sangre y oro enfurecidos claman?  
¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto  
Y la sierra fragosa  
Aun no aseguran tu crueldad medrosa?  
Españoles, volad. Hijos de Marte,  
Que el Ganges y el ocaso  
Hicisteis resonar con vuestro nombre,  
Volad, arrebatad á esos perjuros  
Sus laureles odiosos,  
A la misera Europa tan costosos.  
Castaños inmortal, nombre de triunfo,  
Dulce alumno de Pálas  
Y querido de Marte, á tí encomienda  
Su justa causa España: la victoria  
Tus estandartes guía,  
Y su temido rayo te confía.  
A la gloria conduce y la pelea  
La juventud ardiente,  
Que el sol occidental benigno mira.  
Esgrima, esgrima el paternal acero,



Que de sangre agarena  
 Tiñó mil veces la española arena.  
 Marchas, guerrero, y lentitud prudente  
 Los ímpetus enfrena  
 De ese escuadron de héroes: al soberbio,  
 Que en su terror afecta despreciarte,  
 Tus fuerzas ocultando,  
 La inevitable tumba vas labrando.  
 Así vuela tal vez cándida nube,  
 Cuyos bordes colora  
 El sol naciente de risueña grana,  
 Cuando la tempestad horrible lleva  
 Contra el cielo sereno,  
 Y el rayo asolador ruga en su seno.  
 O cual águila augusta, que divisa  
 La garza descuidada  
 En la otra parte del tendido cielo,  
 Sube tranquila á la region suprema,  
 Donde el viento enmudece,  
 Y en el alto cenit audaz se mece:  
 Ve y se complace en la segura presa,  
 Y más veloz que el rayo  
 Rápida por los aires se desprende;  
 El redoblar de sus batientes alas  
 Á lo léjos resuena,  
 Y de triste pavor las aves llena.  
 Así glorioso con torcida marcha,  
 Que el mismo Marte guía,  
 El enemigo bando acometiste;  
 Y avaro así de la española sangre,  
 El laurel de tu gloria  
 No manchará los fastos de la historia.  
 ¿Quién sube por el Bétis? ¿Quién terrible  
 El defendido paso  
 Rompe ya de Mengibar? ¿Quién asciende  
 Á las alturas de Bailén y al campo,  
 Do humea todavía  
 Del sarraceno infiel la sangre impía?  
 Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra  
 Te niega sus gargantas,  
 Por sus audaces hijos defendidas.  
 ¡Miser! ¿Dónde irás? Tienes delante  
 Cabe el Bétis undoso  
 Al fuerte ibero, de tu sangre ansioso.  
 Huye, infelice, huye: negra noche,  
 Escudo de malvadas,  
 Cubre en tu horror su vengonzosa fuga;  
 Mas ¡ay! que en tu camino se interpone  
 Nuevo escuadron valiente,  
 Que *rendirte ó morir* sólo consiente.  
 Trueno el cañon: del monte despedido,  
 El horrisono estruendo  
 Las campañas del Bétis va llenando,  
 Y entre el rumor del parche estrepitoso  
 Desolacion y guerra  
 Anuncia atroz á la afligida tierra.  
 Mas ¡oh! cede el impio: su fiereza  
 Y su orgullo altanero  
 Postra el valor del inmortal Castaños:  
 Yace abatida el águila rapante,  
 Terror de las naciones,  
 Al pié de nuestros fuertes escuadrones.  
 ¡A Castaños victoria y á la patria!  
 A los hijos valientes  
 Del alma Bétis gloria inmarcesible!  
 ¿De España acaso triunfará el impio?  
 El ibero ardimiento  
 ¿Sabrá humillarse al opresor violento?  
 ¡Ah! No. Allá triunfó sobre el Rhin nevado,  
 Ó cual tigre rabioso  
 En las selvas del Wistula domine,  
 Ó al otomano estúpido, que el yugo  
 Trueca ledó y tranquilo,  
 Fácil sojuzgue en el remoto Nilo.  
 Guerreros valerosos, en un dia  
 Vengásteis los baldones  
 Con que el tirano envileció la España:  
 Del Mayo infando las llorosas sombras  
 En la tumba se alzaron,  
 Y al vengador ilustre saludaron.  
 No, no es inútil la vertida sangre,  
 Ni el valor desgraciado,

Que la fortuna injusta no corona.  
 La sangre de Leonidas fué á los persas  
 La señal de ruina,  
 Y los lauros regó de Salamina.  
 Vive, glorioso vengador: tu nombre  
 Tiembla el galo vencido,  
 Y venera la Europa bellicosa:  
 Vandalia, madre antigua de guerreros,  
 Su claro honor te llama,  
 Y España libre tu valor aclama.  
 ¡España, España! ¡Amada patria mia,  
 Patria de los valientes  
 Que el largo oprobio de tu faz borraron!  
 Cuando tu afecto de mi pecho salga,  
 Mi cantar abatido  
 Sepúltese en el polvo del olvido.  
 Ni en las umbrosas faldas de Helicon  
 Honor tenga mi lira,  
 Y mustio, de mi frente envilecida  
 Caiga el laurel sagrado de los vates,  
 Cuando á tu excelsa gloria  
 El cántico no entone de victoria.  
 ¡Oh patria! ¡Nombre amado, que al oírlo  
 Las almas enajena!  
 ¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?  
 ¿Cuál es el corazon de duro bronce,  
 Que tus males no llora,  
 Ni al bienhechor que te defiende adora?  
 ¡Hijos de España! ¡Pueda el canto mio  
 Vuestras heroicas almas  
 Enardecer! Al campo de la muerte  
 Volad! Y los fortísimos aceros,  
 De la patria esperanza,  
 Esgrimid por su gloria y su venganza.

## III.

## A LAS RUINAS DE SAGUNTO.

Salve, oh alcázar de Edetania firme,  
 Ejemplo al mundo de constancia ibera,  
 En tus ruinas grandiosa siempre,  
 Noble Sagunto.  
 No bastó al hado que triunfante el peno  
 Sobre tus altos muros tremolase  
 La infausta enseña que tendió en el Tiber  
 Sombra de muerte.  
 Cuando el Pirene altivo y las riberas,  
 Ródano, tuyas, y el abierto Alpe  
 Regir le vieron, de la marcia gente  
 Rayo temido.  
 El raudó Trebia, el Trasimeno rojo  
 Digan y Capua su furor: Auñido  
 Ann vuelca, tintos de latina sangre,  
 Petos y grevas.  
 Digno castigo del negado auxilio  
 Al fuerte ibero; que en tu orilla ¡oh Turia!  
 Pudo el romano sepultar de Anibal  
 Nombre y memoria.  
 Pasan los siglos, y la edad malvada  
 Y el fiero tiempo con hambriento hierro  
 Gasta, y la llama de la guerra impía  
 Muros y tronos.  
 Mas no la gloria de Sagunto muere;  
 Que sus ruinas del fatal olvido  
 Yacen seguras, más que tus soberbias,  
 Rómulo, torres.  
 Genio ignorado su ceniza eterna  
 Pródigo asiste; que infeliz, vencida  
 Más gloria alcanza que sangriento triunfo  
 Da á su enemigo.  
 Resiste entera tu furor, oh peno;  
 Para arruinada tu furor, oh galo;  
 Lucha y sucumbe, de valor constante  
 Digno modelo.  
 A la fortuna coronar no plugo  
 Su santo esfuerzo; mas la antigua injuria  
 Sangrienta Zama, Berecina helado  
 Venga la nueva.

IV.  
EN LOOR DE DRUSO.

(Traducción de Horacio.)

Como el ave, del rayo devorante  
 Ministradora fiel, á quien benigno  
 El Dios mayor de las olimpicas sedes  
 Sobre los aires y la grey volante  
 Le concedió el imperio (premio digno  
 Al robo del purpúreo Ganimédes);  
 Joven ya, mas de empresas ignorante,  
 Huye el risco natio  
 A do la impele el heredado brio;  
 Y al ahuyentar las brumas heladoras  
 El vernal viento, que florece el año,  
 Del no usado volar la da enseñanza,  
 Meciéndola en las alas tembladoras;  
 Ora enemiga al tímido rebano  
 Sobre el redil con impetu se lanza,  
 Ora contra serpientes luchadoras  
 Ardiente la espolea  
 El amor de la presa y la pelea;  
 O bien cual en los prados florecientes  
 Al sabroso pacer la cabra atenta,  
 Del pecho de la roja madre mira  
 Separado al leon probar sus dientes,  
 Oye el rugido, y misera se cuenta  
 Primera presa á su inexperta ira;  
 Así, Druso, del Alpe en las vertientes  
 Guerrear victorioso  
 Te vió el grison y el bávaro selvoso.  
 El bávaro feroz, la diestra armada,  
 Cual amazona, de segur lucien e:  
 Quién en sus selvas la esgrimio el primero,  
 Musa más docta lo dirá; ni es dado  
 Investigarlo todo á humana mente.  
 Vencedor largo tiempo el pueblo fiero  
 Las márgenes corrió del Rhin nevado;  
 Mas ya gime vencido  
 A los piés del mancebo esclarecido.  
 Y prueba cuánto en nobles corazones  
 Puede la ilustre condicion, criada  
 Bajo faustos auspicios; cuánto inspira  
 Su valor en los jóvenes Nerones  
 De Augusto el alma paternal. Copiada  
 El fuerte su virtud gozoso mira  
 En hijo fuerte. Heredan los bridones  
 Y el novillo animoso  
 De sus padres el impetu fogoso.  
 Débil paloma el águila atrevida  
 Jamas engendrará; mas la enseñanza  
 Los generosos pechos robustece,  
 Y la innata virtud, que allí se anida,  
 Del futuro valor alta esperanza,  
 Brota á su sabia voz. Do quier fallece  
 La santa norma de inculpable vida,  
 Maldad corrompedora  
 Las bien nacidas indoles desdora.  
 Cuánto debes, oh Roma, á los Nerones,  
 Diga vencido Asdrúbal y el Metauro,  
 Y aquel sereno y delicioso dia,  
 Gloria de los latinos campeones,  
 Que primero brilló con noble lauro,  
 Desde que el hijo de Cartago impía  
 Voló por los ausonios torreones,  
 Cual llama por las teas  
 O el Euro por las ondas ciclopeas.  
 De entonces prosperaron vencedores  
 Los jóvenes romanos, y en las aras  
 Que la impía guerra devastó, se alzaron  
 Para siempre los dioses protectores.  
 Clamó Anibal: «¡Oh nueña tú lidiaras,  
 Peno infeliz, cual ciervos, que insultaron  
 Para su mal los lobos agresores,  
 Cuando triunfo seria  
 Evitar con ardidés su osadia!  
 Esa naci n valiente, que agitada  
 Desde la ténca playa á la latina,  
 Robó á la hoguera de Ilión famosa  
 Hijos, padres y dioses, rodeada  
 De muerte y de peligros, cual la encina

En la cumbre del Álgido sombrosa  
 Por tenaces segures desmochada,  
 Fuerza y valor adquiere  
 Del enemigo acero que la hiere.  
 No más feroz contra el cansado Alcides  
 La hidra lerneá recreció cortada,  
 Si mayor monstruo dió la infanda Tébas.  
 Arda, y madre de fuertes adalides  
 Nace más bella. Vencela, y osada  
 Aterra al vencedor: con fuerzas nuevas  
 Batallará gloriosa nuevas lides,  
 Que aplaudan las romanas  
 Y lloren las esposas mauritanas.  
 «No ya, Cartago, de la espada mia  
 Nuevos triunfos oírás: pueblo africaao,  
 Tu esperanza y fortuna ya fenece,  
 Y fué el de Asdrúbal tu funéreo dia.»  
 A un Claudio ¿qué hay difícil? del romano  
 Júpiter protector, los favorece,  
 Y el consejo y la ingénita osadia  
 Sus empresas corona  
 En los sañudos trances de Belona.

## V.

## A BACO.

(Traducción de Horacio.)

Vi á Baco, sí (generacion futura,  
 Tú lo crearás), que en ásperas guardidas  
 Cánticos á las ninfas enseñaba;  
 Por la densa espesura  
 Sus orejas erguidas  
 El capripede sátiro mostraba.  
 ¡Eva! áun tiemblo del pavor reciente;  
 Mas temblando palpita complacido  
 Mi corazon que el Dios ha subyugado.  
 Piedad, Baco potente,  
 Piedad: ya estoy rendido;  
 Temible, oh tú, del grave tirso armado.  
 ¡Ah! puedo ya las tiadas falaces  
 Cantar, del vino la escondida fuente,  
 La dulce leche en abundosos rios,  
 Y las mieles fugaces  
 Que el tronco refulgente  
 Destiló de sus cóncavos vacios.  
 Cantaré de tu esposa afortunada  
 La corona nupcial, que lucir veo,  
 Gloria añadida á la mansion divina;  
 Y á tu voz asolada  
 La casa de Penteo,  
 Y del tracio Licurgo la ruina.  
 Tú el golfo, tú las bárbaras riberas  
 Domaste: tú beodo en apartadas  
 Cumbres de las bistónides sañudas  
 Las densas cabelleras,  
 Al hombro derramadas,  
 Con inocentes víboras anudas.  
 Tú, cuando por montañas eminentes  
 El bando de terrigenas impio  
 El Olimpo escaló, de garra armado  
 Y de leoninos dientes,  
 En el Cocito umbrío  
 A Reco el fiero derribaste osado.  
 Aunque no de guerrero esclarecido  
 Renombre hubieses, Dios de los placeres,  
 De la festiva danza y los solaces,  
 No en combates temido;  
 Mas tú, glorioso, eres  
 Arbitro de la guerra y de las paces.  
 De áurea punta la frente coronando  
 Te vió el Cervero en la tartárea roca;  
 Muere el ladrido en su feroz garganta,  
 Y manso coleando,  
 Con la trilingüe boca  
 Halagó al irte tu divina planta.



## VI.

## VIAJE DE VIRGILIO.

(Traducción de Horacio.)

Así la amable diosa,  
Que reina en Chipre; así su luz serena  
Te den, nave preciosa,  
Los dos hermanos de la bella Helena;  
Y desatando el aura deliciosa,  
El padre de los vientos soberano  
Enfrena á los demas el vuelo insano.  
¡Ay! mi Virgilio, prenda á tí cedida,  
Y que debes volver, entrega sano  
A la cecropia arena,  
Y en él la mitad guarda de mi vida.  
De diamante formado  
El pecho tuvo y de robusto acero  
Quien al piélago airado  
Un leño frágil entregó primero.  
Ni temió el Austro altivo desatado  
Contra el fiero Aquilon, ni las lluviosas  
Hiadas, ni las furias procelosas  
Del Noto que en el Adria siempre manda;  
Bien encrespe sus olas espumosas,  
O bien manso y ligero  
Restituya á la mar su quietud blanda.  
Al mortal atrevido  
¿Qué riesgo espantará, cuando sereno  
Vió el golfo embravecido  
De escollos y nadantes fieras lleno?  
En vano Jove el mundo dividido  
Cifió con océano dilatado,  
Que apartase los hombros, y alterado  
Enfrenase su intrépida osa ía,  
Si á su pesar del piélago negado  
El más remoto seno  
Atraviesa velez la nave impía.  
De sosiego impaciente  
Y ansiosa de su mal, feroz y osada  
La sacrilega gente  
Se precipita á la maldad vedada.  
El hijo de Japeto el rayo ardiente  
Robó del sol: su fraude pernicioso  
Siguió de males escuadron sañoso,  
Que la tierra oprimió con rabia fiera,  
Y la muerte, que en paso perezoso  
La ley nunca evitada  
Cumplió primero, abrevia la carrera.  
Surgió Dédalo el viento  
Con alas al mortal no concedidas;  
El Orco macilento,  
Mansiones por las furias defendidas,  
Hércules penetró con firme aliento;  
Nada es difícil al orgullo humano;  
Ya desde el Osa, con furor insano,  
Al mismo cielo se atrevió primero:  
Ni permite que Jove soberano  
Las iras merecidas  
Deponga, ni su rayo justiciero.

## VII.

## Á LA LIRA.

(Traducción de Horacio.)

Si alguna vez de afanes olvidado,  
Las selvas, oh mi lira encantadora,  
Halagué dulce con tu voz sonora  
Al importuno vulgo retirado,  
Yo te ruego que ahora  
Versos entonces, que á la edad presente  
Vivan, y aplauda la futura gente.  
Oh tú, del alto cielo concedida  
Por vez primera al lesbio ciudadano;  
Y bien entre el furor de Marte insano  
La hostil falange en vergonzosa huida  
Sintió su fuerte mano,  
O bien libre del piélago sañoso,  
Logró cansado el puerto venturoso;  
Siempre en himnos gozosos ensalzaba

Á Baco y á las Musas y á Cupido,  
Y á Vénus, cuyo nombre repetido  
Con el del niño ciego celebraba;  
Y á su jóven querido,  
Hermoso por lo negro del cabello,  
Y por sus negros ojos dulce y bello.  
Salve, alegre consuelo de mis males,  
Del abatido corazón reposo,  
De Febo honor, de Jove poderoso  
Hechizo en los banquetes celestiales;  
Salve; mi labio ansioso  
Con solemne oración de quier te invoca,  
Y pide el fuego que á cantar provoca.

## VIII.

## Á LAS MUSAS.

Doctas Pimpléas, que las verdes faldas  
Morais alegres del feliz Parnaso,  
Donde Castalia su inspirante onda  
Vierte suave;

Sed á mi canto fáciles, el día  
Que vuestros dones celebrando grato,  
Del padre Bétis el laurel frondoso  
Cifio á mi lira.

¿Y cuál primera mi atrevido acento  
Dirá á Vandalia, de canoros cisnes  
Madre fecunda, del divino Herrera  
Madre gloriosa?

Tú, Melpomene, del puñal infausito  
La diestra armada, que al feroz guerrero  
Luciente aterra cuando cae del hado  
Victima triste.

O bien, Urania, de tu voz celeste  
Arrebatado, la mansion etérea  
Diré de Jove, y el poder que temen  
Hombres y dioses.

Que si fulmina su indignada diestra,  
Sobre los polos del excelso Olimpo  
Tiembla el palacio, la cabaña humilde  
Tiembla de Báucis.

Ya de Polimnia los festivos coros  
Seguiré alegre; cantaré las selvas  
Tuyas, oh Euterpe; ó la que al vicio azota  
Musa maligna.

Tú, dulce Erató, de mi amante pecho  
Nunca olvidada; que si bien los años  
Con triste hielo mi rugosa frente  
Cifien y enfrian;

En otro tiempo me cediste el arpa,  
Donde resuenan los amores tiernos;  
Y el blando canto las hermosas ninfas  
Gratas oyeron.

Debí á tus dones en mi edad florida  
Dulces contentos que volaron leves;  
Mas su memoria de agradable pena  
Baña mi seno.

Tú, musa augusta, que con santo plectro  
Muestras al hombre la virtud hermosa,  
A tí mi lira, mi postrer aliento  
Rindo y dedico.

Por tí los muros de la antigua Tébas  
Levantó osada la anfiónia lira;  
Por tí siguieron al ismario Orfeo  
Montes y fieras.

Por tí Delille, armonioso y blando,  
Gloria es del Sena. Pope, más severo,  
Por tí en la cumbre de Helicon sagrada  
Goza renombre.

Tú, dulce Clío, mi ferviente ruego  
Oye benigna; desusado canto  
Y audaz emprendo, que del sacro Bétis  
Pare las ondas.

## IX.

## A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE CÁDIZ.

Del almo Pindo la mansion gozaba  
El coro virginal, amor de Apolo,  
En no turbada paz; sus dulces selvas

## X.

En loor de don Juan Melendez Valdes, restaurador  
de la poesía española en el siglo XVIII.

Cual la selvosa cumbre de Apenino  
De brumas cuaja el erizado invierno,  
Las campiñas de Italia amedrentando;  
Sus sendas pisa místico el peregrino,  
Viendo el arbusto tierno  
Y el haya y olmo añoso  
Con la acopada nieve blanqueando;  
Y en el otero herboso,  
Que el sol de Abril bañó de lumbre pura,  
Triste el pastor y muerta la natura;

O cual la dulce llama de la aurora,  
Cuando despunta en el rosado Oriente,  
De las australes sirtes abortada,  
Horrible tempestad cubre á deshora;  
Brama el cierzo inclemente;  
De la encendida nube  
Rápido vuela el rayo, y desatada  
Del mar bravoso sube,  
Enlutando los orbes, noche umbría,  
Que á los mortales ojos roba el día;

Así envolvió caliginosa niebla  
La primer gloria del Parnaso ibero;  
Tendió el error su cetro despiadado,  
Y la densa y mortífera tiniebla  
Oprime en sueño fiero  
El genio independiente.  
Desde Pirene al Bétis, desmayado  
Muere su fuego ardiente;  
Y do sonáran cánticos suaves,  
Sólo se escuchan graznadoras aves.

Yace entre el polvo vil despedazada  
La cítara sublime, donde Herrera  
De Austria cantó las armas victoriosas;  
La lira de Villegas delicada,  
Y la que más severa  
Ensalzara hasta el cielo  
Á Argensola y Rioja, de viciosas  
Malezas cubre el suelo,  
Do el estrago y tus hierros contemplando,  
Sombra del gran Leon, vagas llorando.

Febo, empero, al lamento doloroso  
De las fugaces Musas compasivo,  
Vuela en su carro al último occidente.  
Airado mira al escuadron sañoso  
Hollar lauro y olivo,  
Y el arpa y laud sonoro  
Que fué su gloria. El arco omnipotente  
Vibra la flecha de oro;

«¿Y qué, dice, será que el monstruo impío  
Domine el fértil clima que fué mio?  
«¿Por qué donde sonaron mis loores  
Más dulces que en la cumbre del Parnaso,  
Sus pabellones la barbarie ondea?  
¿Por qué los campos que sembró de amores  
La voz de Garcilaso,  
Triste silencio oprime?  
Natura, oye mi voz. El genio sea  
Que su gracia sublime  
Restituya á la musa castellana:  
Nazca ya el padre de la lira hispana.»

Dijo, y Melendez fué. La tierna mente  
El mismo Apolo forma, y de las ciencias  
Los arcanos recónditos le inspira.  
En sus labios destila miel luciente  
Perfumada de esencias.  
La delicia del mundo  
Dulce amor en su seno ya suspira,  
Y del carcax fecundo  
Le da la flecha, que atrevida y blanda  
Las almas postra y los sentidos manda.

Cual del nevado seno de la aurora  
Animoso se lanza el sol ardiente  
Á la roja mansion del Mediodía;  
Alegres ven la tierra y mar sonora  
La vida y luz presente:  
La natura adormida  
Despierta en brazos del hermoso día,  
Y, de su rayo herida,

Con primavera eterna florecían,  
Titan subiendo del rosado oriente  
A dispensar su luz al universo,  
Con más sereno ardor, más pura lumbre  
Bordó su cima, y á las caras hijas  
Mas halagüeño coloró el semblante.

Allí en augusta tropa los sombríos  
Bosques y las lauríferas orillas  
Los coronados vates paseaban.  
Bajo frondosa vid, la cana frente  
De pámpano ceñida, los amores  
Entonaba y de Baco el dón suave  
El tierno Anacreon; en torno ledas  
Le escuchaban las gracias bulliciosas.  
Aquí el tebano Pindaro rodea  
Del sacro lauro las dichosas sienas  
Al vencedor olímpico; sañuda  
De Homero más allá suena la trompa  
Y el fiero Marte canta y los combates.

Mas súbito de nieblas coronado  
Tronó el Septentrion; el ronco estruendo  
Oyó el mar de la Sirte, y «guerra y muerte»  
Clamó el godo feroz, clamó el lombardo.  
Roma tiembla; las madres pavorosas  
Al seno estrechan la inocente prole.  
Densa nube de bárbaros se arroja  
De las playas del Báltico nevado  
Sobre las dos Hesperias. Grecia gime,  
Nada en sangre, sepúltase en ruinas  
El esplendor de sus divinas artes.

Tímido el coro de las dulces Musas  
Al padre Apolo los llorosos ojos  
Vuelve pidiendo en su aflicción consuelo.  
De las trémulas manos cae la lira  
Al lesbio y al latino. Anacreonte  
Huye dejando sobre el yelmo suelo  
La pámpea guirnalda. Sus gemidos  
Oprime el sñ de la homicida trompa.  
Febo entonces el velo tenebroso  
Rompió á la edad futura, y á sus hijas  
Reveló así su gloria venidera.

«Si el puñal del odioso fanatismo  
Y la segur de la criél barbarie  
Hoy dominan el mundo, será un tiempo  
Que extienda la razon su cetro de oro,  
Y vuestro sólio, que llorais sumido  
En la densa tiniebla, al triste caos  
De la edad de furor sobrenadando,  
Se asentará sobre la culta Europa.

¡Oh! ¡cuántas aras erigirse veo-  
A vuestro augusto nombre! Sobre el Tiber,  
Sobre el mudable Sena ya se canta  
El triunfo del saber. Ya la poesía  
Las márgenes del Vistula embellece,  
Y la lira de Safo y la de Alceo  
Resuena en la nevosa Petersburgo.  
La vista, empero, á la mansion de Alcides  
Consoladas volved, que á vuestra gloria  
La juventud de Cádiz se consagra.

¡Amable juventud! la voz del genio  
Y el fuego activo de mi santa lira,  
Templada en el Olimpo, sus centellas  
Derramará en tu seno, y por las playas  
Do se dilata el Oceano inmenso  
Y por dó Bétis rinde su tributo  
Al piélago apacible de Occidente,  
Llevará el eco los sublimes cantos  
Que oyó Grecia; y al Tiber y al Iliso  
No envidiarán las ondas eritreas.

Allí cuando en los reinos de Anfitriite  
El carro ardiente bañe, luz templada,  
De blando verso y de saber fecunda,  
Les enviaré de mi encendida frente.  
Al templo de la gloria, dulces hijos,  
Audaces caminad; el santo lauro  
Y las rosas de Vénus os esperan.  
Vosotras en la orilla del Permeso  
Preparadles guirnalda, y sus nombres  
Grabad en los alisos de Helicon.»  
Dijo; y las Musas sus divinos ojos  
Al mar de Alcides plácidas volvieron,  
Y los caros alumnos sonrieron,